

# PALENQUES Y GUALIÉS

*Por la misma época,  
se desarrollaron al  
norte del Tolima otros  
violentos dramas de  
sangre y fuego entre  
una población de  
indígenas de origen  
caribe, que, como los  
Pijaos del sur, eran  
altivos e indomables.*

*Se trataba de los  
Gualíes y los  
Palenques, de la gran  
nación Pantágora.*



**C**on la aclaración de que "Palenque" no es palabra que corresponda a determinada tribu familiar; más bien con ella se ha designado genéricamente a los Pantágoras que vivían en la vasta región comprendida entre el río Gualí y el de La Miel. Proviene esta designación circunstancial del hecho de que estos guerreros vivían en cercados o "palenques", que eran fortalezas construidas de madera, en especie de círculos concéntricos, en algunas de las cuales cabían hasta cuatro mil personas. Los Palenques ocupaban los territorios pertenecientes actualmente a los municipios de Fresno, Victoria, La Dorada, Samaná, Marquetalia, Pensilvania, Manzanares y Marulanda. Hay quienes afirman que a esta nación pertenecían los indios Amaníes, los Zamanes y los que vivían en las hoyas del Porce y del Nechí.

## UNA RAZA Y SUS COSTUMBRES

Poderosos, bravos e incómitos eran los Palenques. Tenían todas las características racia-

les de los Pijaos y como éstos, ascendencia caribe. Al igual que los Panches, que poblaban los territorios de Venadillo, Ambalema y otras regiones de la llanura norteña, poseían el hábito de deformarse el cráneo para hacerse plana la frente, lo que conseguían aplicando a los niños recién nacidos un sistema de tablillas que les presionaba los huesos hasta donde lo creyeran necesario. La mayor parte se cortaba el pelo a la altura de los hombros; otros, al rape. Y los considerados como más valientes y esforzados guerreros se hacían coronas como los frayles. Estos eran los "coronados".

Con excepción de la tribu de los Maníes, no eran antropófagos los Palenques. Sobre esto de la antropofagia, de que se acusa con tanta acerbía a la mayor parte de las tribus indígenas que poblaban el Tolima, censurándoles esa costumbre como un vicio abyecto, como una degeneración, como el brote del instinto bestial, se ha escrito mucho, pero no se ha discutido ni probado nada.

## GUERREROS Y AGRICULTORES

Como los Pijaos, los Palenques eran agricultores. Pero eso no quiere decir que dispusieran de permanente hacienda agrícola. La agricultura, cuando fué adoptada por el hombre como profesión, los obligó a arraigarse en determinadas regiones que fueron las bases de las primeras civilizaciones. Los Palenques no eran sedentarios. Vivían con el arco en el brazo. Sus huertas hacían parte de su estrategia. Cambiaban de sitio según las necesidades de la guerra. Pero tenían conocimientos agrícolas y cultivaban diversidad de frutas. Su base de nutrición era el maíz que, elaborado en tortas (arepas) cargaban en sus morrales. Algunas de las regiones comarcanas a la patria de los Palenques, densamente pobladas actualmente y de gran fortaleza para la faena diaria, deben a ellos, con la afluencia de su sangre, el gusto por el maíz y su energía.

Producían yuca, ahuyamas, papayas, legumbres; consumían frutos, palmito y, como tenían cierto refinamiento de paladar, conservaban al humo ciertas piezas de cacería, que eran bocados predilectos en ceremonias y festivales. Del maíz y de las palmas reales sacaban sus licores que consumían copiosamente. Al humo conservaban también el pescado que adobaban con ají y con las aguas de las fuentes salinas.



Su contextura era recia, de poderosos músculos. Estos hombres fueron defensores celosos de su tierra y de su libertad.

Eran expertos en el arte de la guerra. Encerrados en sus palenques eran invulnerables a los ataques de las otras tribus indígenas y, en muchas ocasiones, los usaron con éxito en las acometidas de los conquistadores. Como los Pijaos, se defendían de la caballería española, cavando grandes fosos, estacados en el fondo, que cubrían con débiles maderas y delgada capa de tierra. En las pequeñas veredas de la montaña montaban trampas, de fuertes y pesadas maderas, para cazar infantes españoles, como si fuesen piezas de monte. Eran grandes los arcos de disparar sus flechas envenenadas con jugos de plantas y con la ponzoña de algunos animales; el cinto llevaban hachas de piedra y largas lanzas de macana al hombro. El abrupto medio en que vivían contribuyó a dar a los Palenques la necesaria fortaleza para superarlo. Eran los más aguerridos, los más do-

minadores, los más bravos y ágiles de la región. Construyeron puentes de bejucos sobre los ríos, los que todavía son usuales en algunas regiones del Tolima y delante de sus fortalezas tenían fosos con rampas de madera removibles, como en los castillos de los caballeros medioevales. Fueron los recursos estratégicos de estos grandes varones de la guerra, fanáticos de su libertad y de su tierra. Cuando, tras de brava lucha con los españoles, se daban cuenta de que su derrota era ineludible, en vez de entregarse rendidos, se ahorcaban colgándose de las vigas de sus fortalezas, y si la batalla era en campo libre, se tiraban a los abismos y a los ríos. Su vida era el precio de su libertad. Sangre de estos héroes fecunda a los tolimeses actuales de la región que se extiende del Fresno hacia el occidente. Y pensar que no hay un monumento para esta raza.

### LOS RITOS DE LA FE

Como sus parientes del sur, dominadores también de la montaña, tenían guiones es-

pirituales para su vida y sus empresas de guerra. Su fé, como inquietud de su espíritu, se radicaba en la creencia de un paraíso de aguas y selvas en que nada faltase a su futuro descanso, canceladas ya las energías del músculo; el alma era el soplo de una esencia impalpable, insible y aérea que debía residir dentro del corazón. En sus templos rústicos oficiaban los mohanes, sacerdotes, adivinos y médicos al tiempo. No eran, pues, tan bestiales, como decían los españoles que, al confesarse ineptos para ganarse su voluntad y estima, por las vías de la inteligencia y la piedad que nunca usaron, emprendieron la tarea menos complicada de eliminarlos para ahorrarse trabajos.

### LA CRUELDAD ESPAÑOLA

Corría el año de 1549. Francisco Nuñez Pedroso, por primera vez, se encuentra con las tribus de los Palenques. Debía pacificarlos de acuerdo con órdenes recibidas del gobierno de Santafé. Es así que deja las cálidas riberas del

Magdalena y se interna en la cordillera. De repente, la falange de guerreros Palenques le hace frente, en defensa de su tierra y de su libertad. Las poderosas fuerzas del español ganaron la batalla y se tomaron la fortaleza de las Palenques. No hubo prisioneros. Los sobrevivientes del combate se retiraron a reponerse y reorganizarse. Pedroso necesitaba indios vaquianos que lo condujeran por la selva. Ordena que un grupo de soldados se guarezca sigilosamente en algunas chozas de las abandonadas por los indios en su derrota. Y cuando, con confianza llegan los nativos a reponerse, confiados en que los extranjeros habían continuado su marcha, los toman de sorpresa los ocultos soldados de Pedroso y, como prisioneros de guerra, se los entregan al capitán. Unos quedaron como esclavos; a otros se les dió muerte inmediata; y a los restantes, Pedroso les hizo mutilar sus manos que, atadas con cordeles, se las colgaron al cuello para que, puestos en libertad, sirvieran de escarmiento entre sus compañeros. No sirvieron para escarmentar,

ni para intimidar; pero fueron el péndulo que marca, a través de la historia, la crueldad inútil y el sadismo de los conquistadores.

Una mañana se encontró el Capitán con un caserío de los Palenques. Lo rodea, íntima rendición incondicional a sus moradores, en vez de brindarles paz, cordialidad y los bienes, desconocidos por ellos, de la vida cristiana. No se entregan ante las amenazas los nativos. A los conjuros de Pedroso responde un guerrero con el silvido de su flecha que se clava, certera, en la frente de un soldado de apellido Malates, quien, poco después, muere entre las contorsiones del veneno. Pedroso es cruel y no perdona. A los pocos instantes un cerco de llamas rodea y oprime el caserío. No tienen cómo, los guerreros Palenques, saltar el obstáculo de fuego para entregar sus vidas en lucha cuerpo a cuerpo. Algunos se ponen un nudo corredizo al cuello y se cuelgan de las vigas de sus ranchos; otros, que no tienen cordeles, se tiran a las llamas. Todos entregaron su cadáver. Apenas estaban perdiendo el último calor los

despojos de más de cuatrocientos aborígenes, se lanza sobre ellos, como perros, la soldadesca de Pedroso, a desprender de las orejas y las narices de los muertos las chagualas y las ajorcas de oro, según el testimonio del Padre Aguado, cronista de Pedroso. No tendría muy en calma la conciencia este verdugo cuando se retiró de aquellos sitios para internarse en el corazón de la selva, camino del Valle de Aburrá. Pero al poco tiempo regresa, vencido y solitario, a dar cuenta de sus hazañas y desgracias al gobierno de Santafé.

## EL CACIQUE YULDAMA

Algunas tribus de Palenques se habían resignado a la servidumbre y perecían entre los socavones o hacían parte del personal doméstico y de labranza de los encomenderos. Pero, en las montañas tomaba cuerpo el rencor contra los españoles. Territorios pertenecientes hoy al municipio del Fresno eran las provincias indias de dominio y mando del cacique Yuldama, que no había

Magdalena y se interna en la cordillera. De repente, el frange de guerreros Palenques le hace frente, en defensa de su tierra y de su libertad. Las poderosas fuerzas del español ganaron la batalla y se tomaron la fortaleza de las Palenques. No hubo prisioneros. Los sobrevivientes del combate se retiraron a reponerse y reorganizarse. Pedroso necesitaba indios vaquianos que lo condujeran por la selva. Ordena que un grupo de soldados se guareza sigilosamente en algunas chozas de las abandonadas por los indios en su derrota. Y cuando, confiadamente llegan los nativos a reponerse, confiados en que los extranjeros habían continuado su marcha, los toman de sorpresa los ocultos soldados de Pedroso y, como prisioneros de guerra, se los entregan al capitán. Unos quedaron como esclavos; y a otros se les dió muerte inmediata; y a los restantes, Pedroso les hizo mutilar sus manos que, atadas con cordeles, se las colgaron al cuello para que, puestos en libertad, sirvieran de escarmiento entre sus compañeros. No sirvieron para escarmentar,

ni para intimidar; pero fueron el péndulo que marca, a través de la historia, la crueldad inútil y el sadismo de los conquistadores.

Una mañana se encontró el Capitán con un caserío de los Palenques. Lo rodea, íntima rendición incondicional a sus moradores, en vez de brindarles paz, cordialidad y los bienes, desconocidos por ellos, de la vida cristiana. No se entregan ante las amenazas los nativos. A los conjuros de Pedroso responde un guerrero con el silvido de su flecha que se clava, certera, en la frente de un soldado de apellido Malates, quien, poco después, muere entre las contorsiones del veneno. Pedroso es cruel y no perdona. A los pocos instantes un cerco de llamas rodea y oprime el caserío. No tienen cómo, los guerreros Palenques, saltar el obstáculo de fuego para entregar sus vidas en lucha cuerpo a cuerpo. Algunos se ponen un nudo corredizo al cuello y se cuelgan de las vigas de sus ranchos; otros, que no tienen cordeles, se tiran a las llamas. Todos entregaron su cadáver. Apenas estaban perdiendo el último calor los

despojos de más de cuatrocientos aborígenes, se lanza sobre ellos, como perros, la soldadesca de Pedroso, a desprender de las orejas y las narices de los muertos las chagualas y las ajorcas de oro, según el testimonio del Padre Aguado, cronista de Pedroso. No tendría muy en calma la conciencia este verdugo cuando se retiró de aquellos sitios para internarse en el corazón de la selva, camino del Valle de Aburrá. Pero al poco tiempo regresa, vencido y solitario, a dar cuenta de sus hazañas y desgracias al gobierno de Santafé.

## EL CACIQUE YULDAMA

Algunas tribus de Palenques se habían resignado a la servidumbre y perecían entre los socavones o hacían parte del personal doméstico y de labranza de los encomenderos. Pero, en las montañas tomaba cuerpo el rencor contra los españoles. Territorios pertenecientes hoy al municipio del Fresno eran las provincias indias de dominio y mando del cacique Yuldama, que no había

entregado su independencia ni pensaba entregarla. Cultivaba algunas relaciones con los Encomenderos, pero recelaba de ellos y no podía ahogar el repudio recóndito de los extranjeros.

## PASION INDOMITA

Don Francisco Jiménez no sólo era un acaudalado terrateniente español, sino que se había hecho al amor de una india pantágora, de la cual tenía una hija. Cuentan las crónicas que la mestiza era muy bella y que en ella se conjugaban la fuerza opulenta de la raza brava de la montaña y los acopios blancos de la estirpe europea; blanca feminidad, con un núcleo ancestral de sanas savias silvestres. Yuldama, el cacique, se enamoró de la mestiza y la requirió en matrimonio. Pero el español se la negó. Ya ella era de superior raza a la raza montañera de Yuldama. El cacique insiste. En su interior chocan los sentimientos del manso varón



*Francisco Jiménez de Quesada*  
GONZALO JIMENEZ DE QUESADA

enamorado y del guerrero indómito. Se pone el guerrero en servicio del enamorado y una noche, como otras noches de esas en que por una mujer se ha puesto en conmoción un pueblo, hace presa de la her-

mosa doncella de sus amores y la lleva a su bohío de la montaña. Esa noche, la selva se estremeció de amores. Atrás había dejado Yuldama el cadáver de Francisco Jiménez y de sus sobrinos Diego y Hernando, como tributos de su pasión.

## LA VENGANZA PALENQUE

El cacique Yuldama no se entrega a los arrobos de su amor, porque sabe que los blancos no perdonan y se propone el golpe de la venganza. Atruenan la selva con fotutos y zambombias convocando a guerra. Los heraldos indios notifican a los caciques y bien pronto los veteranos de las montañas, numerosos y trémulos de coraje, juran fidelidad a Yuldama y muerte a los españoles. Lanzas, dardos, hondas, macanas y hachas de piedra están dispuestas. Brillan los penachos de plumas de los caciques y en orden perfecto, en columnas compactas, se van cantando en busca de la batalla. En el valle de Onimes, cerca de Guarínó,

fué el choque brutal. Los españoles, a la vista de los legionarios palenques, temieron por la victoria. Les falló la moral desde el principio. Eran tantos y estaban tan bien dispuestos los Palenques. Bravura contra bravura; odio contra odio; hierro contra macana; linaje blanco contra raza india y acero y piedra; amor y venganza. No hubo arma, ni sentimiento que no quisieran aniquilarse mutuamente en el combate brutal. Allí quedó tendida la flor y nata del ejército español y Yuldama puso a los pies de su mestiza los gajos de la victoria.

### LA RETALIACION DE LOS ESPAÑOLES

El gobierno de Santafé tembló de pavor ante el formidable triunfo de los Pelenques y llamó al mejor de los veteranos en las guerras contra nativos, a restaurar el prestigio de las armas de León y de Castilla. Fué la última oportunidad para el Adelantado, General y doctor Gonzalo Jiménez de Quesada, ya viejo, solitario y pobre. Tiempo atrás los casinos de Nápoles y Roma habían visto rodar en



filas rutilantes las chagualas de oro y las esmeraldas que se había incautado de los tesoros y de los príncipes indígenas. Ahora no le quedaba otro camino a su vejez que la restauración, por la espada, de su antiguo prestigio de General invicto. Y tuvo un tañido de campana vieja, su corazón cansado. Nuevos guerreros castellanos de apellidos ilustres se apostaron bajo sus banderas: Hurtado de Mendoza, Herreras, López, Cháves, Rocas, Monteros, Vegas y Machados, Rangeles y Tinocos. Los más brillantes jóvenes y los más dispuestos para la pendencia. Y con ellos, las mejores tropas. El General

Jiménez de Quesada entendía muy bien las cosas de la guerra y estaba dispuesto a emplear, antes que el arrojo y la temeridad que ya no formaban parte de su espíritu, los aprendizajes de la experiencia, en el empeño de llevar a su ya cabeza blanca, el último laurel.

### EL FIN DE YULDAMA

No hay para qué decir que fué ciclópeo el segundo y final encuentro. Y como el veterano español sabía tirar a la cabeza, allí quedó tendido, para no volver a levantarse, el cacique Yuldama. Trabado en lucha cuerpo a cuerpo con el cabo

Juan Esteban, la fortuna fué del español y la muerte de Yuldama. Allí quedaron también Hurtado de Mendoza, sobrino del General y treinta veteranos españoles más.

## LA TRADICION Y EL DESTINO PALENQUE

Entre los caciques Palenques tomaron estatura heroica en el curso de la contienda Hondana, Abea, Uniatepá, Cimara, Unicoá, Ujiate, Totor, Niquietepa, Cirurcua, hijo de Yuldama y Pomponá, su tío. Caídos estos titanes, las tribus sin jefes se

entregaron a la servidumbre española, que era la forma más despiadada y lenta de la muerte. Estos hombres vivieron en los territorios que pertenecen a los municipios de Fresno, Mariquita, Honda, Herveo, Casabianca y Fálán. Fueron la base del mestizaje del norte del Tolima. Hoy, como núcleo puro, sólo queda la comunidad de Bocaneme. Fray Pedro Simón apunta que de toda la nación Pantágora o Palenque, después de la guerra y el trabajo forzado de las minas, no quedaron más de mil quinientos hombres. Quedó la

montaña limpia de aborígenes y de españoles. Y asegurado, en gracia de la incompetencia de los conquistadores, el hecho trágico de permanecer improductivos, fuera de la economía del Tolima, sus feraces cordilleras y montañas durante el lapso de tres siglos de languidez y de retraso. Y no se culpe de ello a la población del llano, donde quedó sentada, como una losa, toda la herencia romántica y desidiosa de los españoles, hasta cuando recibiera el calentano el soplo de la sangre de gentes de otros latitudes.

